
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Dr. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezzel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Dr. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: Dr. Luis Baliña
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>	3	La Educación
<i>Juan J. Llach</i>	9	La utopía de una educación de calidad para todos
<i>Susana Carena</i>	27	Formación docente e investigación educativa
<i>Delia Nardin</i>	39	Cambios en el medio rural
<i>Lucio Florio</i>	47	El conflicto entre los saberes, la escuela y la sabiduría necesaria
<i>Jean-Paul Willaime</i>	53	Escuela pública y religiones hoy en Europa
<i>Xavier Dufour</i>	61	De la cultura religiosa a la cultura de la fe
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	79	Apuntes sobre la interdisciplina en ciencias humanas
<i>Carlos Hoevel</i>	91	La universidad plana y sus descontentos

CAMBIOS EN EL MEDIO RURAL

Testimonio: Una experiencia desde la escuela

*Delia Nardin**

Trabajo en escuelas estatales de la Provincia de Santa Fe. Estoy finalizando mi trayecto en la enseñanza en la que me inicié como maestra rural. Voy a intentar transmitir algo de lo que significó esta práctica que abarcó muy diversos momentos del país.

La etapa vivida en la década del 70, se caracterizaba, a causa de mis pocos años y de la peculiar circunstancia histórica, como una época de sueños, en la que los conocimientos y los valores, aprendidos y sentidos con fuerza dentro de uno mismo, eran expresados en opciones claras. Todo era riesgo, era esperanza, definición permanente. La vida era poner en juego los dinamismos personales para conseguir un progreso personal y comunitario indefinido.

Se abrían desafíos a la educación, se buscaban soluciones. Época, también, en la que acogía el llamado personal de Jesús a asumir despacio mis debilidades y cobardías y a vivir con entusiasmo lo que Él propuso, los encargos que Él nos hizo. Me sumé a una comunidad de educadores para vivir con otros este compromiso de servicio.

* Maestra. Profesora en Ciencias de la Educación. Se desempeñó profesionalmente en todos los niveles de la Educación en la Provincia de Santa Fe: doce años como maestra en escuelas rurales, Directora de diversas escuelas y Supervisora de Enseñanza General Básica 1-2 y 3.

Cambios en el medio rural

Así fue como, muy entusiasmada, revestí las paredes de aquella mi primera escuela rancho con el capítulo 13 de Corintios, siempre en alusión a los más pequeños.

La mía era una escuela “unitaria”, yo única maestra y todos los grados a mi cargo. No tenía mucha experiencia y me entusiasmaba la posibilidad de inventar y aplicar nuevas pedagogías.

Viví y compartí el día a día con una familia típicamente “gringa” y allí conocí de cerca la callada sumisión y el silencio consciente de “Mamá Luisa”, una abuela excepcional que con su sonrisa disimulaba el dolor y abría la esperanza de cada día estrenado. Con esa gente de campo aprendí las costumbres y tradiciones, los pensamientos, la sensibilidad, la fidelidad a lo real, la fidelidad a las pocas luces que vislumbraba y la fidelidad a la fe que me guiaba. Comprendí las leyes del trabajo constante, del esfuerzo sin medida, del alba descubierta con miradas ansiosas escrutando el cielo, de los tiempos vividos cerca del fogón entre mate y mate

Momentos muy fuertes donde irrumpían sonoramente los tractores nuevos y el televisor a baterías recargadas. Compartí con las familias que miraban silenciosas a los abuelos cabizbajos y a los niños más intrépidos en búsqueda de las respuestas que traían los adelantos del mundo moderno.

Viví la alegría de cosechar algodón entre los más pobres y de ver migrar lentamente los grupos de familias que ya perdían la fe en el trabajo constante por los salarios magros o el futuro incierto, por abuelos agobiados que veían en la ciudad un refugio más seguro...

Aprendí que lo que nos funda es Dios, puro regalo de existencia que se fortalece y se agranda cuando no nos quedamos en la superficie.

Esa escuela rural donde viví y contemplé el misterio de lo no dicho, ya no es hoy la misma en muchos rincones de nuestra provincia... Los cambios se aceleraron en todos los ámbitos y se legitimaron con rapidez situaciones que antes eran impensadas. La fami-

lia se vio afectada especialmente y nos hizo verificar, no sin dolor, que algunas convicciones religiosas se iban borrando o perdían la fuerza que habían tenido históricamente. Muchas exigencias en el estilo de vida, no siempre claramente explicitadas, empezaban a manifestarse en la vida de las familias a las que se hacía difícil la convivencia de varias generaciones bajo el mismo techo.

De mi experiencia queda la firme convicción de que los padres, abuelos, tíos, hermanos iban configurando, desde la fe que profesaban, un sentido profundo del uso del tiempo y del rendimiento del trabajo, del diario ritual de levantarse antes de la salida del sol y trabajar durante todo el día con diáfana alegría, sin reprochar a la historia ni a la vida que les faltaban cosas. Todo expresaba libertad entregada al Otro infinito, por el sólo hecho de vivir cada día como regalo.

Cada integrante del grupo familiar respondía con ilusión al pequeño o gran desafío de cada día, sin cobrar por ello una paga extra como muchos niños hoy exigen a los padres. El trabajo era gratuito y la alegría no se simulaba al dar alimento a los animales, arar la tierra, limpiar los patios y la casa, ordeñar las vacas, cuidar a los animales. Este ritmo, ligado a las épocas del año configuraba un clima de complicidad y aceleramiento, no exento de apuros y rabietas festejadas, según se acercaban las actividades específicas del campo: cosechas, yerras, fabricación artesanal en hierro, madera, ladrillos de barro cocido, acontecimientos familiares celebrados.

En esta época y lugar donde ubico mi experiencia se intentaron procesos de colonización promovidos por el gobierno de la provincia que facilitó préstamos y, de este modo, prosperaron muchos agricultores que arriesgaron su dinero en la compra de maquinarias y en la siembra del girasol en la zona más próxima al lugar donde trabajaban, que era la cuña boscosa. Se pretendió asentar a hacheros, ex-obreros de la Forestal y otros agricultores sin tierra que quisieran dedicarse a la producción en la zona.

Este proyecto para la reconversión productiva, que no tuvo

Cambios en el medio rural

apoyo técnico y financiero sostenido, hizo que los pequeños productores continuaran dedicados a las actividades agrícolas y a la explotación forestal de manera extractiva, profundizando la explotación irracional de los recursos naturales.

Mi experiencia tuvo como contexto este ámbito de “colonos” pequeños, de origen italiano, algunas familias criollas cosecheras de algodón o de obreros artesanales (ladrillerías, carpintería, hacheros). Allí afronté la realidad de una vida dura, que me permitió explorar aspectos importantes en relación a valores como el trabajo, la solidaridad, la oración confiada, la perseverancia. Todas cuestiones fuertes, que sedimentan los proyectos vitales de nuestra gente del campo.

Pude ayudar a descifrar la identidad de un pequeño poblado, descubrir las diferencias culturales y la riqueza que encierra la vida rural... Hoy la irrupción de la tecnología y los medios de transporte en las zonas rurales ha desdibujado las fronteras entre la ciudad y el campo, provocando una movilización donde las diferencias son cada vez menos notables. Las familias de los tradicionales “colonos” son más reducidas. En general están asentadas en las ciudades más próximas al lugar de trabajo y se trasladan al campo diariamente a desempeñar sus labores. Los pobladores rurales que quedan afincados en el campo son los que pertenecen a los estratos sociales más pobres y sufren las consecuencias de las políticas económicas que han afectado al país en estas últimas décadas. Desde la Secretaría de Producción se han efectuado actividades enmarcadas en el “Programa Social Agropecuario”.

De aquella escuela rural, donde inicié mi trabajo artesanal de maestra, guardo muchos recuerdos. Algunos los llevo registrados en la memoria y otros en papeles.

La escuela rural en esos momentos, desde la perspectiva pedagógica, intentaba reorientar el aprendizaje para que los alumnos se arraigaran en su lugar de origen y adquirieran hábitos de solidaridad.

Con otros maestros hacíamos mesas de trabajo para investigar las prácticas de la Escuela Nueva y la educación popular, pensando

también en la alfabetización de los adultos; resonaban entre nosotros los nombres de Freire, Freinet, y muchos otros. Numerosas innovaciones pedagógicas en el mundo se iniciaron en “internados rurales”; en ellos el maestro debía intuir y crear soluciones originales que le permitieran trabajar a la vez con chicos de edades y escolaridad diferentes.

Desde ese lugar el trabajo, la escuela era el centro de toda la comunidad. Partíamos de una actividad que implicaba a alumnos y padres y, a partir de ella todos se sumaban a la tarea de investigar, contrastar, pensar, reflexionar, buscar alternativas. En una visita de Supervisión, al referirse a este tipo de actividades, la Supervisora decía: “El único salón disponible está dividido en rincones de trabajo. Los alumnos han confeccionado mapas murales del país, la Provincia o planisferio según el grado. Todos trabajan en equipo y vuelcan en el mapa sus trabajos, el fruto de las investigaciones. Sobre el algodón se trabajaron como problemáticas la comercialización, los costos, la industrialización, el recorrido.”

Este tipo de investigaciones se realizaba durante considerable tiempo. Las propuestas de búsqueda de datos eran llevadas a las familias y se integraban todas las áreas. Al finalizar las investigaciones se hacían trabajos de exposición, donde participaban también los padres explicando a los chicos el modo de trabajar la tierra en las distintas siembras,

“Indagaron la evolución del trabajo comenzando por investigar los restos de hornos de barro de aborígenes en las orillas del arroyo cercano; los padres y las madres construyeron un estante tipo “modular” que sirve para ordenar los materiales de estudio e investigación adquiridos y donados: microscopio, mapas, insectos, cuadros y láminas” (Acta Supervisión año 1976).

Las investigaciones de campo eran incesantes y siempre apoyadas por docentes del profesorado más próximo. En esas ocasiones las actividades de desarrollo y cierre de las distintas experiencias implicaban a todos, y tanto las clasificaciones previas como las poste-

Cambios en el medio rural

riores en el aula y fuera de ella eran un permanente ensayo de capacidades para el desarrollo del pensamiento (escribir, tomar notas, clasificar, ordenar, formular hipótesis, verificarlas, elaborar informes, etc.).

Al respecto dice una Supervisora en el acta de visita: “El material didáctico utilizado es abundante y variado y consiste en láminas, frisos, tarjetas de enseñanza individualizada, mapas, etc. Los niños han organizado un pequeño museo con los elementos recogidos en sus excursiones de campo que acrecientan día a día con nuevos aportes. Los niños se responsabilizan del registro de libros que llevan a sus hogares en fichas.”

Así fui avanzando en formas de buscar nuevas respuestas a las situaciones que se iban suscitando. Detrás de cada encuentro con alumnos, padres y colegas con los que íbamos trabajando en la zona alimentábamos la esperanza de dar nuevos significados a la vida cotidiana de cada persona en medio de esa naturaleza tan próxima, reconocida y amada.

Ese universo acotado ha sufrido muchas rupturas y se va configurando un hoy distinto en todos los niveles: familiar, cultural, social, institucional. Por ejemplo, en la provincia de Santa Fe, se ha iniciado una experiencia que rompe con el aislamiento de la escuela unitaria a partir de la experiencia del Proyecto 7, que incorpora la modalidad de la itinerancia de profesores entre distintas escuelas para el 3er. Ciclo. Intenta garantizar la escolaridad básica en el medio rural. Al respecto los aportes han sido ricos y diversos; queda la tarea de evaluar los resultados reales en cuanto a posibilidades de estudio de los sectores con menores recursos económicos.

Esta breve narración, que no quiere ser sólo una mera constatación de una experiencia lejana, me lleva a rehacer algunas preguntas:

¿Cómo fortalecer las redes que genera la escuela con otras instituciones, para que las posibilidades de saber sean reales para todos los sectores?

¿Cómo poder ayudar a que padres y docentes puedan argumentar públicamente los porqués de una educación que nos haga más humanos?

¿Cómo fortalecer la formación de padres y maestros para crecer en participación y solidaridad?

¿Cómo crear vínculos solidarios con la realidad social circundante para aliviar las dificultades que hoy padecen las escuelas rurales?

¿Cómo mostrar nuevamente la belleza de la vocación del maestro?

¿Cómo reencontrar en la vida cotidiana la alegría del trabajo, la celebración de la fiesta y la apertura al misterio?